

Monumento a María Eugenia Vaz Ferreira

José Belloni, escultor

UNA de las figuras más interesantes de nuestro medio intelectual fué sin duda la de María Eugenia Vaz Ferreira. Espíritu de excepción, refinado y genial, poetisa admirable, de señalada originalidad en sus obras y en sus actos, no es posible trazar un cuadro de las letras nacionales sin mencionar su nombre.

Cuando la muerte puso prematuro fin a su existencia, ocupaba la Secretaría de la Sección de Enseñanza Secundaria y Preparatoria para Mujeres. Surgió en ese instituto la iniciativa de honrar su memoria por medio de un monumento. Con el exclusivo concurso del profesorado y de las alumnas de la sección femenina se arbitraron los recursos necesarios. Llevada la gestión a feliz término, el monumento fué inaugurado en los jardines del Prado. Es autor de la obra el escultor José Belloni, destacado artista que desempeña con brillo una cátedra en la Facultad de Arquitectura.

El emplazamiento de los monumentos a las figuras artísticas o literarias en medio de los parques, seguida con tanto éxito en numerosas ciudades, ha encontrado ya feliz aplicación en nuestra Capital. En el Prado se encuentran el monumento al pintor Carlos María Herrera, — obra del mismo Belloni, y la cabeza de Beethoven de Bourdelle. En el Parque Rodó está el de Samuel Blixen y se proyecta levantar el de Florencio Sánchez. En la plaza Trouville de la playa Pocitos se inaugurará muy pronto el del maestro compositor Sambucetti.

Una figura de mujer, joven y hermosa, semi-arrodillada, en actitud doliente, los labios entreabiertos, los ojos cerrados, el espíritu recogido en su sueño interior, evoca el recuerdo de la poetisa. De su rostro velado por la tristeza, de su cuerpo todo, se desprende un sentimiento de profunda melancolía y de serena belleza.

La concepción de la obra y su realización plástica constituyen un éxito para el autor. La silueta es armoniosa, — la anatomía, verdadera, sin detallismo excesivo, — el modelado, amplio y flexible.

La ubicación del monumento es un acierto indudable. La figura de bronce se destaca sobre un fondo de granito gris, contra la balastrada cubierta de hiedra, rodeada de árboles, frente al lago cuyas aguas inmóviles cortan los cisnes simbólicos.

La Musa deja caer con desconsuelo de su brazo la lira de María Eugenia que vibró tantas veces en estrofas inspiradas o en frases llenas de poesía. En cierta ocasión, al comentar un párrafo de *Motivos de Proteo* en que Rodó dice que "las canteras de mármol dan la carne de los dioses" tuvo un arranque lírico en el cual exaltó con entusiasmo la misión de la estatuaría. La escultura paga hoy aquel soberbio panegírico consagrando a su memoria un monumento perdurable. Dijo la poetisa:

« ¡Oh, mármol! no fueron, no, los bloques brutos que, profanando la ondulante liviandad de los mares, cruzaron hacia los puertos traficantes a bordo de las navcs civilizadoras; no fueron los pórticos augustos, ni las columnas magestuosas sosteniendo en sus hombros la grandeza de los templos místicos; no fueron ni aún las lápidas piadosas tendidas sobre el dolor más infinito, lo que cristalizó tu consistencia al través de los demolidores milenarios, no! Fué la curva melodiosa de Venus, fué la lírica frente de Apolo, la que te consagró para la gloria de las eternidades, imprimiendo en tu carne blanca y dura el prestigio inmortal de la Belleza! ».

Sobre el pedestal de granito una inscripción en caracteres azules reproduce una estrofa de la poetisa:

*"Sólo tú, noche profunda,
me fuiste siempre propicia,
noche misteriosa y suave,
noche muda y sin pupila,
que en la quietud de tu sombra
guardas tu inmortal caricia!..."*

El paseante que, al recorrer los jardines del Prado, se detiene a contemplar el pequeño monumento puede recordar también un pensamiento suyo que parece adaptarse especialmente a la belleza y serenidad del lugar:

"Para el alma que es comprensiva, que al través del coro luminoso de la vida percibe, escucha y comprende lo que dice la voz del silencio, todo, en el Universo, da y pide amor.

Amor es el perdón, las sonrisas, las palabras gratas, el riego, los rayos de luna, las manos suaves en las cosas frágiles, el sol de los convalecientes, las bendiciones, el golpe que humedece el corazón de las rocas..."

